

Luis A. Sánchez

Areququepay

(Retablo en función del tiempo)



DESDE el Puente Bolívar, la ciudad y su vega. Arriba, el nevado cono del Misti. De puro transparente, la atmósfera relleva y aproxima todo lo que, envolviendo, proyecta. Deróganse las lejanías. Todo es cercano y actual, abultado y brillante. Luz, clara luz, que duplica la luminosidad increíble del ambiente. Acuarela en que un verde obsesionante reboza las cumbres blancas, las laderas blancas, los campanarios blancos, los muros blancos, las portadas blancas; blancos portales, blancos vellones, blancos burritos cancinos, de ojo íntimo y aterciopelado como la ternura misma. Arde el azul translúcido de un cielo de esmalte. Desde el Puente Bolívar—hierro y piedra—divisé la ciudad y su vega: verdor y blancura, colorido intenso, delimitado, delimitador, geográfico.

Fundación y voto

Esa tarde—balaban los siglos—cuando el Inca y su cortejo asomáronse al prodigioso valle de esmeralda,

brotaron voces de júbilo y sorpresa de tanto pecho ávido. Al tramontar los Andes, viniendo del Cuzco—nudo de montañas—columbraron, primero, la verde inmensidad de la campiña y, luego, más allá, la impresentida inmensidad azul del mar. De todas las gargantas brotó un mismo grito:

—¡Mayta Cápac! ¡Mayta Cápac!
¡Hasta dónde, señor!

Y el Inca sonrió, intrépido, bajo su dosel, trocando en patronímico el sin par vocativo: «Mayta Cápac, ¡hasta dónde, señor!».

Y estotro atardecer, en que bajaron al valle y recorrieron la vega admirable y se embriagaron de claridad y de verdor, olvidando los yermos cuzqueños, reencontrado el paraíso de Urubamba; estotro atardecer, Mayta Cápac midió con ojos de cansancio y de orgullo la campiña luminosa y ordenó, breve y conciso:

—Arequipa, Arequipa, ¡quedaos aquí, quedaos aquí!

Y así ingresa a la historia la leyenda de Arequipa.

El penacho y la ciudad

Ahora, ya estamos en la ciudad. Reina en ella una paz densa, vivo contraste con la historia de sus arrebatos. El viajero llega seducido por un penacho diverso al que, intermitentemente, suele flamear sobre el Misti, penacho de legendaria rebeldía, renombre de la tierra de los volcanes; recuerdo de días heroicos y fragorosos,

cuando Melgar pulsaba lira, guitarra y fusil; cuando Salaverry ganaba batallas, corazón en ristre, al son agudo de la clarinada de Uchumayo; cuando el cobrizo Santa Cruz aniquilaba al caudillo de 28 años, frente al muro de las ejecuciones; cuando Vivanco, buen mozo y académico, sublevó pulcros mostachos, copiosos y clásicos decires contra la ventolina liberal del cazurro don Ramón Castilla y Marquezado. Frailes socarrones y picanteros, amigos de las artes y de la chicha, de la pólvora, los camarones y los versos, alternaban prédicas y revoluciones, en tanto que uno de ellos—fundador de la Facultad de Historia, Filosofía y Letras de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima—redactaba el salpimentado relato de «Las revoluciones de Arequipa». Caía, víctima de la república insurgente, Trinidad Morán. Frente a los arrestos reconquistadores de España, dondonearon las campanas a rebato; y encendiósese una vez más, con hoguera de cívica insurgencia, el alma lírica y ardiente de Arequipa, con sus calles blancas, de blanquísimo sillar.

La tranquilidad de la ciudad, siempre blanca, sorprende a quien desembarca de la historia jactanciosa. En Vitor, criollos retacos y panzudos, devoran sápidos y enormes camarones, salpicados con prolífica chicha. Húndense en las pampas de La Joya, coimas y esperanzas; fiscales aquéllas, éstas democráticas. Parten hacia Camaná, región áspera, de donde surgieran los Piérola, tropillas de mercaderes y cateadores de mosto. Al llegar a Arequipa, resuena un estallido humano,

como en el Mollendo florecido de inquietudes bravías y el forcejeo de pueblo y de soldados, y la pasajera agitación de unos minutos, preludian la leyenda vieja que, al tocarla, se desvanece.

Bajo los arcos de los portales macizos y blancos, dialogan cambalacheros, rábulas, estudiantes, abogados y militares. La conservadora ciudad, en donde otrora, quemárase en efígie al apostólico don Manuel González Prada, hállase decorada ahora por más uniformes que sotanas. La tonsura abrió un surco en la conciencia rural, y la espada como en los símbolos medioevales, acudió en apoyo de la cruz, a calzar la tonsurada plazaleta. Godofredo de Bouillon, de ancho sombrero, vientre prominente y afición a los gallos y a la pachamanca.

En la Universidad, los estudiantes se entretienen en jugar a la política abstracta. Tal vez por andar tan cerca del cielo olvidan la tierra y se invierten con la metafísica de la plusvalía. Universidad pequeña, cuyo bibliotecario ostenta el soviético nombre de Vladimiro y un llano apellido criollo. Abogados, aspirantes a abogados; escribanos, notarios, aspirantes a notarios; bachilleres, bachilleras, aspirantes a bachilleres y bachilleras; profesores de buen yantar y litigios abundantes, ensayan posturas izquierdistas, en medio de la sorpresa y la sonrisa del mocerío. Los más extremistas en el verbo suelen ser los más cautos en la acción. Los mozos de apellidos plutocráticos resultan, a menudo, «los más comunistas». Alguno que predica la proximidad

inminente del soviét, no separa de su pecho, sudado y oculto escapulario. Otros profesan, desde la juventud, la taimada «independencia», tan útil para obtener pacíficamente el anhelado título profesional y medrar a su amparo. Otros se entregan enteramente a la lucha, que es estudio, al par que al estudio, que también es lucha.

• • •

Solemne sillar en las calles. Anchos portones. Casas de un piso la mayor parte, con patios inmensos y aldabas colosales, claveteadas puertas y ventanas de reja. Por encima de los muros, la cordillera amparadora. Se percibe una sensación de hondonada y, sin embargo, se advierte la levedad de la altura. Azul, azul vivísimo el de este cielo de luminosidad implacable. La atracción e influencia de lo telúrico es tan perceptible que las gentes nunca salen por la mañana de sus casas sin mirar a lo alto, más con la inquietud de lo terreno que con la esperanza de lo celeste.

Sotanas, uniformes y «pacpacos»

Más uniformes, más abogados, más sotanas, muchos vestidos oscuros. Viejucas de negras mantas patinan raudas, de mañanita, de iglesia en iglesia, con su cortejo de oraciones, chismes, jaculatorias, rosarios, avemarías y pulgas. Sería perfecto ambiente español, como escapado de «Los Pueblos» de Azorín, si no asomaran los

panzudos campesinos cholos; y si los entecos indios de ponchos multicolores, no enfrentaran cachazudamente sus pollinos irónicos a la jactancia automovilística del *m i s t e* orondo. Se palpa, se bebe un ambiente de trunca cortesanía, de frustado cenobio, de incipiente cuartel. Los indios miran impasibles al suelo, a la tierra; las beatas se deslizan por escribanías, bautisterios, salas y sacristías. Los abogados fizgan, por encima de sus anteojos, a los militares soberbios. Y ojos enormes, bajo mantillas transparentes, rompen la prosopopeya de funcionarios ahitos de ocopa y chicha; alteran el gesto de plutócratas alimeñados y donjuaneros, inquietan el aire mefistofélico de poetas runruneadores y hasta la marcha procelosa de los curas cada vez en aumento.

Arequipa aparece como una ciudad en transición. Se advierte que se halla en trance de convertirse en plaza fuerte, pero le sobra espacio, y alegría en el paisaje y taciturnidad en las gentes. Cuando los cerros se coronan de blancura, los pobladores se encierran en irrompible mutismo, airada e hirsuta forma del esplín criollo, que se defiende a dentelladas y al cual han dado el telúrico nombre de «nevada», signo delator de fisiológica persistencia de un romanticismo intransigente.

Ahora quedaron atrás los poetas nocherniegos y sitibundos; los panfletarios implacables; los curas polemizadores; los locuaces abogados, los escribanos cautelosos. En las cantinas, ya al anochecer, se juntan el donjuanismo de la guarnición y la labia de los teorizantes. Doctores en politiquería cazorra, sientan cátedra de vi-

vencia en el aristocrático Club de Arequipa. Circulan los cocktails y los últimos chismes de Lima, mientras en la plaza crece el hervor antilimeño y regionalista:

—«Lima nos absorbe, nos esquilma»—rugen oradores espontáneos, ante el corro habitual de la cantina, el bufete, el portal. Y en el club señorial, al compás de tales reclamos, caciques gordos y sonreidores intentan revivir una Lima del sur, cuya visión no sea turbada por el dolor del indio ni la miseria del mestizo. ¡Cuánto más fácil no es pactar con la plutocracia limeña, ganar un ministerio y obtener ventajas de la autoridad local, en cuyo apoyo conviene acudir, a fin de que frenen sus insubordinaciones los tejedores del Huayco, los campesinos de Cocachacra, los trabajadores del ferrocarril o los portuarios de Mollendo.

* * *

Fundada por un Inca, cuando el mar era la mítica Mama Cocha, Arequipa perdió el recuerdo de su origen prehistórico y se reclinó en Juan de la Torre y su progenie, fundadores de la ciudad colonial, aun subsistente, aun llena de aroma de convento y costumbres de audiencia. Hay en América ciudades que se reclaman al punto centro de Capitanías Generales, bizarras y raras; otras poseen el decoro de un virreinato; otras, el doctoralismo burocrático de las Reales Audiencias. La muchedumbre de rúbulas, frailes y doctores es la atadura con la colonia; la de militares y burócratas enlaza

a la actualidad, pero el fervor de estudiantes y de obreros, que han descubierto ahora las maravillas de la organización, proyecta la historia política sobre la historia social.

Audiencia aun, Arequipa reúne a sus más celebrados ingenios, como en los días de los copiosos chocolates de don Miguel de Carpio—magistrado y rimador—en alambicadas reuniones suficientes, bajo la advocación del baudeleriano nombre quechua—contradicción y contradicción—de los «Pacpacos». Los pacpacos ejercen plenipotencias, diputaciones, cátedras y empleos; y, a veces, hasta se dignan a bajarse al nivel humilde del mesócrata, pero recelan del obrero y del campesino. Revive así el siglo XVIII—días del despotismo ilustrado—y la escuela de un Renán, aconsejando a los trabajadores manuales: haced vuestra tarea y la nuestra, mientras nosotros especulamos. La iniciación teórica posee, también, sus grados o escalones de iniciación y suficiencia. Los pacpacos conocen de memoria el escalafón de tales bachilleratos, licenciaturas y doctorados; y Arequipa los mira entre respetuosa y desconfiada, como miran al presente el atónito pasado y el jubiloso porvenir.

Bajo el sol complaciente

Bajo el sol, complaciente y blanco, de Arequipa, sonríen los huertos de Yanahuara, las casitas y acequias de Tingo, las callejuelas, jardines y picanterías

de Tiabaya. ¡Qué sensación tan aguda de égloga, de égloga americana, con indios y mestizos! Tapiales de tierra cocida, pilchas de amontonadas piedras, senderillos gozosos, y siempre verdor, siempre flores, una alegría externa. Aquí no hay sillar, aquí no hay colonia, pero sí coloniaje; aquí no hay club, pero sí picantería. Suenan las guitarras. Los alcaldes suelen ser cantineros y picanteros, porque el alma rural de Arequipa se mantiene libre de contaminaciones urbanas, aunque ahita de melancolía a la sordina. Yo no he visto alegría más triste que la de Tiabaya y Tingo. A primera ojeada, la égloga pide caramillo y versos de Garcilaso. Pero Salicio se llama Quispe, y Nemoroso lleva tajados los hombros por el peso del carguío. Se comprende entonces por qué nació aquí el yaraví de Melgar. No, no existe hambruna trágica, pero, sí, dramático desaseo. Todos poseen una parcela diminuta de tierra, pero el cacicazgo crece y oprime cada vez más. ¡Tierras fecundas, tierras florecidas, tierras cultivadas, y, ningún tractor! Vida primitiva, pero solfeada a la criolla con risa de picantería y nostalgias de yaraví; tristeza estrangulada por la jocundidad del yantar fácil, peligrosamente fácil.

Poblachos de Arequipa: Tingo, Tiabaya, Yanahuara, Yura... ¡Dulce paz de las vegas, pero, qué tedio en los rostros de cobre, quebrados por el polvo, el sudor y la resolana. El mismo campo tiene serenidad de plenitud. La ciudad derrama sus heces de chismorreos episódico por las quintas y picanterías. Ganguea

la victrola y denota la radio, porque la guitarra se marchó claudicante, bordoneando con el último cantor... Soldados, por todas partes. Salen del cuartel de artillería en Tingo. Surgen del campo de Poroncoche, en donde naciera la última insurrección arequipeña, la que fué sólo restauración y retroceso, la contrarrevolución. Soldados y campesinos, juntos; mas los campesinos miran con desconfianza al soldado, porque lejana la leyenda de la guerra, revienta la realidad del despotismo. Vibran más dianas que yaravíes. Y el picante y la ocopa y el chupe y los cuyes y los camarones, se ofrecen con *baedecker* ahora que la guitarra tiene que ser mercenaria, ahora que la ciudad se flematiza y se doctora, y ahora que, al fin, en el campo, está substituyendo a la romántica queja del yaraví, la ardida protesta del himno revolucionario: las solemnes palabras de la Marsellesa Aprista.

Chicha y sapo

Por la noche, puéblanse las picanterías. No habla el ambiente: habla el hombre. Todos tienen como una necesidad biológica de volcarse en los demás, de cambiar ideas o, aunque sea, palabras. Van y vienen enormes vasos de chicha cosmopolitizados con cerveza madura que rubios germanos dosifican sabiamente. Ahí están, en las picanterías, doctores y poetas, policías y soldados, empleados y estudiantes. Es la provincia la que trata de prolongar su vida, cercenada por el Angelus

en el campo, por el cocktail y el cinema en la ciudad. Mentideros frenéticos, en donde todos se miran con ojos conspirativos, las picaunterías hierven de ímpetus rotos cuando llega el amanecer, de nevadas que se disuelven o enardecen en alcohol. Quien desee conspirar o redimir o fizgar, tendrá que acudir a la picantería. Bríndanse los rocotos bermejos, las papas amarillas, coronadas de rojo y verde; las cabezas de cerdo adornadas con ajíes mirasol; los colmados vasos de chicha; y esperan los concurridos cajones de «sapo», en torno de los cuales, doctores, militares, empleados y estudiantes —alguna vez democráticos y en mangas de camisa— discuten los mejores tiros, aceptan crecientes apuestas y ahogan en fermentado maíz sus ansias de rebeldía. Chicha y sapo, chicha y sapo: ¡conspiración y espionaje! Afuera, el rezagado pianillo de ruedas dialoga con la luna y, a veces, vihuelas solitarias dejan fluir, sobre la noche romántica, las líquidas notas de un yaraví serrano.

Provincia

Y, otra vez, el pausado vaivén de las horas. Las casas se abren acogedoras, aunque, previamente, indagan en nombre del Corazón de Jesús. Un diario, dirigido por clérigos, previene cotidianamente a sus cándidos lectores de que el demonio, el Enemigo Malo, anda ahora disfrazado de político reivindicacionista, para ganar almas al Averno y restar... dinero a los ricos,

siempre tan piadosos y caritativos, como lo atestigua cualquier «encomienda» superviviente en la cordillera, cualquier feudo costanero, opresor, pero devoto. Las insurgencias de la redacción mascullan bajo la censura oficial. Sin embargo, nadie puede acallar el grito regionalista. Arequipa señoril se siente pospuesta por la voracidad de Lima, pero el Cuzco mira con recelo a Arequipa, ganoso de la hegemonía sureña. Nadie disiente en el anticentralismo, pero . . . «¡sería tan cómodo que nos descentralizáramos sin cambios muy radicales!», suspira algún partidario del extinto radicalismo, mientras las meznadas moceriles experimentan la imposterabilidad de transformar completamente el aparato vi-reinal del Perú centralista y oligárquico.

Pretendientes a ministerios van y vienen en aviones, ansiosos de ceñir faja bicolor sobre el vientre orondo. Así se halaga la vanidad regional y se posterga la realización cabal del regionalismo administrativo, ya que el económico les suena a revolucionario hasta a los propios doctores del descentralismo. En las salas del Club se comenta airadamente que los obreros y empleados se hayan juntado sindicalmente y logren arquitecturar huelgas generales. «¡Esos agitadores apristas!», mascullan los señoritos, y siento que resbalan sobre mí airadas y foscas miradas. Y algún «representante del Pueblo» se suma al runrún, porque acaba de implantarse la jornada de ocho horas en sus dominios, en donde él campeaba como apóstol de un credo laicalizante, pero con servidumbre feudal . . .

Otra vez, caen las horas. Por los portales, dulcerías multiplicadas, como en Lima. Arequipa rivaliza con los complicados postres capitalinos. ¡Sabroso «queso helado» de complicado rito; complicadísimo «queso de Flandes» émulo del maná bíblico y de la morosa «nuez de nogal», morena, acanelada y con papelillo, que preparan largos meses en los conventos limeños; alfajores de cien clases, hojaldres, camotillos, pasteles, alfeñiques y chicha! «¡Aquí todos comemos muy bien!»—afirman los más. Sólo los estudiantes pobres no lucen panza agresiva, lo que tal vez no sea una excepción ya que tienen que venir de tan lejanos parajes, pues que cada día se cierra una Universidad o una escuela en alguna ciudad del Perú.

Los doctores dialogan ceremoniosos. Los poetas lucen su beligerancia, en panne frente a la acción... No era así la leyenda de Arequipa. Su voz decidía de la suerte de un gobierno, y esa voz no se escatimó durante cien años. Cae como un peso de pretérito sobre la ciudad doctoral y militarizada. En la intimidad de diversos hogares, escucho confidencias que parecen añoranzas. Se ha debilitado el señorío eclesiástico, mas la tradición ha compensado aquella merma. Escucho, escucho... Voces primaverales, de adolescentes valerosos y sacrificados; de mujeres jóvenes y fervorosas... Miro rostros pétreos de indios en los que un llamado redentor ha avivado el fulgor de sus ojos y ha gravado cuatro letras de fuego en sus cerebros y en sus corazones. Se resquebraja la autoridad antes omnimoda del

miste trocado en representante a Congreso. La vida ha virado en redondo: la ciudad de las revueltas políticas ha sentido el reclamo de la revolución social...

Mayta Capac

Vuelvo a recorrer ciudad y campo. Y esa mañana, antes de partir, al regresar de Jesús, me pierdo por el «místico Yanahuara con huertos de Judea», atisbo, como hice al llegar, ciudad y vega, desde el Puente Bolívar, y, hartado de sol, de claridad y de ayeres, me dispongo a embarcarme en el avión...

... Quinientos brazos se alzan, cuando ronca ya el motor. Ahora, Arequipa se extiende bajo mi vista. Y más que el estruendo de la hélice, que hace palpitar la cabina, me asordan los latidos de la ciudad; me perturba su sensación de desamparo y su desesperado anhelo de hallar el camino; todo ese hervor informe de caos que es presagio y promesa; turbio jadeo de naturaleza y hombre, en el puente tendido entre la conseja pintoresca y niña, y la adultez, nido de plenitud.

... Ya sólo veo cumbres y cumbres. Fulgen, bajo el sol, con matices sonrosados, nieve y rosa como senos; emoción sensual de un paisaje de cromo. Las nubes no arropan, tapizan. Son pausa, antes que velo. El destello de nieve y sol precisa los colores, los delimita, les da fronteras, les confiere categoría geográfica, definiendo una topografía paradójica del firmamento: azul profundo, blancura impoluta, femenino rosa y verde in-

transitado. Poco a poco, el verde se achica; se divisa como una hoja caída entre las cumbres de plata, mis vecinas. De aquélla, la más lejana, la que está más al oriente; desde aquélla, al Levante, donde la nieve irrumpe con cintilar de estrella o de cristal; desde aquélla es desde donde Mayta Capac—balaban entonces los siglos—contempló, absorto, el verde sorprendente de la campiña, y, más allá, el azul intenso del mar:

—¡Mayta Capac! ¡Mayta Capac!—clamaron los curacos y los ñustas, el auqui y la coya, las pallas y los villacs, asentando las andas imperiales sobre el empinado pico—¿Hasta dónde, señor?

Mayta Capac mandó seguir adelante.

Y yo repito, volcando mi ansiedad sobre la tierra y el hombre, sobre el hoy y sobre el mañana, sobre la doble tragedia de la historia y la vida:

—¿Hasta dónde, hacia dónde, señor!

Santiago, mayo de 1935.